

SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR 229
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

DIRECCION
CALLE DEL OLIMAR, Núm. 229
Y ADMINISTRACIÓN

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

EL CLAMOR PÚBLICO

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR ... SEBASTIÁN B. TORRES

SUSCRICION
Por un año ... 100
Por seis meses ... 50
Por un mes ... 10
Número suelto ... 10
Número atrasado ... 10



No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios de progr.
ma y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autorizado exigir.
rá la devolución del número.

EL CLAMOR PÚBLICO

Fiat veritas

Con motivo de la partida del Sr. Acevedo Diaz para Nueva York, *El Nacional*, dedicó a tan ilustre ciudadano el artículo siguiente:

¡ADIOS MAESTRO!

Hoy, en compañía de sus hijos Eduardo y Raúl, se embarca para Norte América nuestro enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Estados Unidos y méjico señor Eduardo Acevedo Diaz, —el cual desde ayer, se encuentra instalado en el Hotel Oriental, por haber partido para Buenos Aires, con el fin de residir provisoriamente, su distinguida familia.

El transatlántico que conducirá al señor Acevedo Diaz, llegará a nuestro puerto de una a dos de la tarde, y partirá de las cuatro en adelante. El distinguido viajero saldrá del hotel a las cuatro, minutos más o menos. Un crecido y selecto número de amigos le acompañarán desde el hotel hasta a bordo.

Un grupo de sus amigos y admiradores, ofreció ayer como recuerdo una magnífica botonadura de brillantes, un riquísimo bastón de ballena, con empuñadura y regatón de oro, y que contiene el monograma de su nombre y la fecha de la despedida, y además una cartera artística de bolsillo, también con monograma.

El señor Acevedo Diaz ha sido visitado constantemente por numerosos y distinguidos ciudadanos de todos los partidos políticos. Anoche lo hicieron entre otros, los señores ministro de relaciones exteriores doctor don José Romeu, doctor Eduardo Acevedo, doctor Carlos María de Pena, doctor Matías Alonso Criado, doctor Juan Blengio Roca, Juan A. Smith, Carlos Honoré, Lauro V. Rodríguez, doctor Francisco Capella y Pons, Eduardo B. Anaya, Antenor R. Pereira, doctor Saúl Arcos Ferrand, Salvador Requena, Antolín R. Lassus, Carlos Muñoz, Heraclio Boado, Rafael J. Fosalba, Eduardo Rizzo, comandante Augusto Esquivel, capitán Juan R. Alvarez, Daniel Pérez Pereyra, E. Albanel, doctor Martín Aguirre, Luis Mongrell, Gustavo Saint-Ges, Sandalio Yubera, Arturo Salom, Antenor Pereira hijo, Ovidio Blanquet, Antonio Paseyro, Honorio Algabe, Eloy G. Pereyra, Vicente Martínez, Gregorio Martínez, Carlos Chilabert y otros muchos cuyos nombres no recordamos.

También recibe por momentos, gran número de cartas, telegramas, despidiéndole en los términos que se merece.

Con el título de «Adios maestro», el señor Lassus ha despedido al ilustre viajero con el siguiente artículo: Eduardo Acevedo Diaz se va hoy.

El apóstol infatigable del partido nacional, se aleja del suelo donde resonó su palabra vibrante, su palabra luminosa y fecunda como la libertad de que nos hablaba, cuando ergulsa su silueta de diador de

multitudes, en aquellas tribunas levantadas al aire libre y rodeadas de miles de almas que lo adoraban como a un ídolo, en horas en que el partido vivía sin garantías y sin derechos, humillado en las noches abominables del despotismo.

En aquellos tiempos, cuando nadie se atrevía a levantar la voz, porque el miedo paralizaba la lengua y helaba la sangre en las arterias, Acevedo Diaz era «el primer hombre del partido» era «el infatigable apóstol» era «el gran tribuno», era «el fogoso batallador» que, desde las columnas de «El Nacional», fustigaba con la tigazos de fuego a los tiranuelos corrompidos, proclamando verdades y principios que dejaban pisotear los cobardes deblando la cerviz al peso de la coyunda a que los uncian los que traficaban en las alturas con el honor del ciudadano y con el honor de la patria.

En aquellos tiempos Acevedo Diaz era «el gran patriota», el gran hombre público, el salvador del partido nacional, y todos se agrupaban en torno del inspirado maestro, para escuchar su fascinadora palabra llena de catonianas enterezas, de patrióticos pensamientos, de prédicas, altruistas y de propósitos reivindicados.

Era «el aliento, «la vida, «la gloria, y «la epopeya del partido nacional».

Hoy los tiempos han cambiado! El partido que él levantó de la postración en que yacía desahuciado el partido que él preparó para la lucha santa del 97; el partido que él organizó y vigorizó con los alientos de su alma, hoy lo arroja de sus filas, que, como ha dicho magistralmente un valiente y galano escritor nacionalista «no serían tales si él no hubiese congregado sus unidades en horas de desencanto, y no les hubiese escrito en el alma un programa, y nos las hubiese enseñado el camino de la virtud, y no les hubiese puesto en la mano una bandera, símbolo de redención y símbolo de gloria.»

Hoy los tiempos han cambiado! El partido nacional goza de todas las garantías y de todas las libertades bajo un régimen constitucional y altamente patriótico. Los hombres que en aquellos tiempos de atentadas ignominias no se atrevían a modular la protesta más débil contra los atropellos y los latrocínios de los que pululaban en las esteras gubernativas, y con tolerancias rayanas en degradante servidumbre se sostienen a todos los dogales con que los amarraban los mandones; hoy se sublevan contra el que los arrancó de las garras de la tiranía—(aquel viena como anillo al dedo el refrán «a bautizarte y te sacarán los ojos») y los ennoblecen como hombres, dándoles libertades y derechos que no hubieran conquistado nunca por sus propios esfuerzos, porque carecen de la talla y de la fibra de los ciudadanos formados para las grandes luchas y para los grandes sacrificios; hoy se sublevan, repto, contra el maestro que abrió horizontes, trazó rumbos y proclamó principios austeros, que perdurarán en el tiempo y en el espacio; y para justificar su inconciencia

biblio ingratitud y su monstruosa perversión echan mano a la calumnia vil del denuesto procáz, del dictorio y de la difamación!

Todos los grandes hombres han sido atrocemente perseguidos y calumniados!

Las almas pequeñas no conciben la existencia de las almas nobles y levantadas!

Los egoístas y los ruines odian a los que se elevan por sus condiciones superiores!

El delito de Acevedo Diaz es ser demasiado integro, demasiado ecuánime, demasiado recto, demasiado inflexible y demasiado justo en todos sus actos y en todos sus pensamientos. No es hombre para democracias incipientes, enfermas, ignorantes y estúpidas, democracias devoradas por la gangrena de los más sordidos egoísmos, sacudidos violentamente por el huracán de mezquinas pasiones desenfrenadas, carcomidas e infectadas por el cáncer de las más negras envidias; demas, con todos los instintos, con todas las virulencias con todos los resabios, con todas las estolideces y con con toda la indigna mala fe de aquellos charrúas que a Juan Diaz de Solis le tendieron la emboscada donde lo mataron traídamente a flechazos.

Y sus mayores enemigos, sus mas encarnizados detractores, los que tienen mayor cantidad de purulentos reñores acumulados en sus almas, los que más lo vilipendian, lo calumnian y lo ultrajan son aquellos que a su sombra protectora crecieron, y llegaron a ser alguna cosa en el partido, que el maestro vigorizó con la savia tonificadora de su cerebro y reanimó con sus brios, con sus aletos y con la potencia vital de su voluntad,—partido que ha tiempo hubiera sido sepultado en el fondo del osario, sino lo hubiese salvado providencialmente la mano generosa y noble, del que es hoy implacablemente expulsado de su seno, por quienes en los tiempos bocchorneos se alimentaban con el jugo podrido de monstruosas tiranías unos, y soportaban con mansedumbre servir todas las afrontos abominaciones otros.

Esos son los que motejan de «traidores» a quien no ha hecho nada más que servir bien a su país y encaminar a su partido por la senda de las grandes virtudes cívicas; esos son los que colman de improperios y de carequinas al hombre de más carácter y de conciencia más tranquila del partido nacional.

Poco le importan a él las sordas vociferaciones de las turbas, ni las ingratitudes e inconstancias de las multitudes anónimas, ni las irritantes injusticias de los inconscientes.

Conocedor de las cosas y de los hombres, está al cabo, perfectamente, de las condiciones de los bueyes que en los campos cubiertos de abrojos y abrujos, por eso con el desden del figula a los gusanos, el maestro apenas oyo las execraciones con que la muchedumbre confusa y desordenada pretende alterar la serenidad de su espíritu. El tiempo, ese incorruptible juez que a todos hace justicia, hará algún día brillar la verdad, y entonces se conocerán todos los recursos de que echaron mano quienes no pararon en medios repro-

bables para hundir en el desdoro y el descredito al apóstol que con su iluminado venció todos los obstáculos que halló en la ruda campaña regeneradora del 95 y 96.

Maestro perdona a los que te insultan, porque no saben lo que hacen! Son turbas inconscientes azuzadas en toro, no tuvo como jaurías de perros clamorosas y manadas de lobos aulladores por los mercaderes, políticos que se han adueñado del sagrado templo donde nos hicieron oír tantas veces tu inspirada palabra, enseñándonos estólicamente el camino del sacrificio y de la gloria, y la soberbia cumbre donde rutilan los ideales de las democracias cultas, humanas y civilizadoras; manadas de lobos aulladores azuzadas por los mercaderes que se han adueñado del sagrado templo en cuyas bóvedas no resuenan hoy más ecos que el ronco de los libertinos que el dia menos pensado vendrán en subasta pública los altares y las imágenes de nuestros héroes, dejándolo desmantelado, como si bandas de forajidos, hubieran entrado a saquearlo.

La presencia del maestro, estorbaba a planes inconfesables. Por eso, en crímenes conciliabulos se trató de hacerlo a un lado, primero, y de expulsarlo después, por que su presencia era peligrosa desde que los renegados corrían riesgo de que el dia menos pensado se le acabaría la paciencia al maestro y los corrieran del templo a latigazos para que no lo siguiesen manchando con sus plantas impuras.

Con el alma sombreada por el sentimiento de no haber podido detener en su caída a los que se revuelven y hoy hundidos en el barro de sus maldades y pretenden aún manchar con el círculo infecto de la calumnia su blanca túnica, se embarga el que les imprime la idea de la libertad en el alma y les gravó en el corazón la esperanza de la redención; el que los elevó con su doctrina y con su ejemplo a las cumbres mas altas del mundo moral, desde las que, al faltarles la palabra y el consejo no que iluminó las tinieblas de sus almas con los torrentes vividos de su espíritu, vienen, se despiden con el estrépito de los peñascos, que desprendidos de la cima ruegan al fondo del precipicio.

Se va quien trajo a la patria en horas de tempestades siniestras, legiones de pensamientos, para arrasar las hordas desenfrenadas de despotismos y servios.

Se va el jefe del grupo, —el que los interesados en hacerle aparecer pequeño— hablan con tono despectivo, de «el grupo» que se va agrandando cada vez más, adquiriendo proporciones de montaña gigantesca, cuya alta cumbre dentro de muy breve tiempo no alcanzarán a distinguir los ojos cancerosos de los que se deleitan en oírte en los esteriores de una política viciosa, hervoroso vivero de incuriosos ma-

Europa y traía a bordo una de las colecciones de fieras más feroces y temibles que existen en el mundo.

La sola enumeración del inventario lo demuestra. Mr. Bostock había contratado pasajes para 27 leones, 3 leones, 7 tigres, 8 leopardo, 2 jirafas, 7 osos blancos, 2 grises, 3 negros, 2 de otra raza especial rusa, 1 elefante y una elefantina, 2 lobos rayados y otros varios animales de menor importancia y categoría.

Todos estos pensionistas habían sido instalados en sus correspondientes jaulas, con el mayor confort y seguridad posible.

A poco de empezar la travesía, y debido tal vez a los bandazos del barco, resistieron algunas de las jaulas, con el mayor confort y seguridad posible.

Un valiente domador llamado Boravia, entró en la jaula de los leones para realizar la mudanza. Intentó hacerlos pasar a la otra jaula dispuesta, pero un soberbio león africano se arrojó sobre él y lo hizo comprender la poca aceptación que sus dueños tenían.

Boravia intentó salir de la jaula, pero Romeo, el león agresor, lo retuvo con cruel abrazo, mientras lo hundía los dientes varias veces en el cuerpo.

Bostock y sus criados acudieron en socorro de la víctima y redujeron a la fiero. Boravia sufrió cado de la jaula con varias y graves heridas, por las que perdía abundante sangre.

A los dos días, un oso blanco atacó a otro de los domadores. Detendido se este valientemente; pero no pudo evitar que el plantigrado se le comiera varios dedos de las manos.

El mismo dia, por la tarde, varios mozos despedazaban un caballo para la comida del pasaje. La operación la realizaban cerca de la jaula de los tigres.

Uno de estos aprovechó la proximidad de uno de los mozos, y saqueando la zarpas por entre los hierros lo cogió por la espalda lo atrajo a los hierros y mientras los demás acudían a socorrerlo se le metió todo un hombre.

Pocos días después, un oso herido, otro guardián, un jaguar despedazaba el brazo derecho de un sirviente, y hasta el final del viaje cayeron también heridos por caricetas de las fieras seis dependientes más.

Y no hay que atribuir estos desastres a falta de alimentación.

Los pasajeros han consumido durante la travesía 12,000 libras de carne de buey, 500 de cerdo, 300 de pescado, 10 barriles de pan, 71 miladas de tortilla, 2 de avena y 5 caballas fueron embarcados vivos y se mataron a medida que las exigencias del menú lo requerían.

Kemmerich y C°

EL SALADERO «SAN JAVIER»

La empresa Kemmerich y C°, propietaria de los saladeros «Santa Elena» y «San Javier» y de grandes extensiones de campos en la provincia de Entre Ríos, ha liquidado ya las grandes maquinarias, en su mayor parte montadas en la estación Fávila, Largo de la linea a Rosario, constituyendo la mayor parte de su maquinaria.

En la alpaca seca, se ha adquirido

